

EL CENTENARIO DEL FILOSOFO (1872-1970)

BERTRAND RUSSELL

UN INVIERNO EN TENERIFE

DOMINGO PEREZ MINIK

LEGO desde el jardín del hotel. Le vimos levantarse de una mesa de trabajo preparada allí para este menester, había en ella muchos papeles, libros, cuadernos, lo que podíamos ver de lejos; atravesó entonces un sendero entre arbustos, plantas, flores, hasta que nos encontramos frente a frente. Era Bertrand Russell, la imagen bien conocida. Más alto que bajo, superaba un poco la estatura media, flaco, con su traje gris muy holgado, una corbata granate, pisando con seguridad. Muy erguido, se estiraba más y más, y nos miró con sus ojos azul acero, siempre alertas, desde su rostro muy lleno de surcos agudos. La nariz prominente, fuerte, de ave de presa, y esa amplia, profusa y cuidada cabellera blanca mantenida con una cierta gracia de adolescente. A primera vista, distante, replegado, curioso en el fondo. Nos invita a sentarnos. Un largo silencio. Para romper este paréntesis, el filósofo saca su pipa, la carga y la enciende. Comienza una conversación cualquiera banal, que si la isla, que si el tiempo, que si el paisaje, que si el Teide, que si el Valle de la Orotava. Un tema muy socorrido para entrar en situación. Había sol en la tarde de este domingo invernal, fecha de nuestra visita a Bertrand Russell, alojado en una vieja casa del Puerto de la Cruz. Su piel blanca aparecía enrojecida, los dedos finos, un anillo de oro grueso en el índice de la mano izquierda. Comenzaba una entrevista que no sabíamos cómo había de terminar. El castillo personal de un británico no es fácil de asaltar. Una lejana convivencia se puede establecer desde el primer momento, si no intentamos enmendar la tradicional posición de su



El autor del reportaje con Bertrand Russell.

resistencia natural. Mientras, ensayábamos por todos los medios que él nos manifestara los motivos de su viaje, el estado de sus preocupaciones políticas, sus puntos de vista sobre los fascismos europeos imperantes, la posibilidad de una guerra, los problemas que presentaba la Unión Soviética, su conocimiento de España. Toda esta primera visita estuvo condicionada por este tira y empuje, se llevó con la indiscutible buena voluntad de la aproximación y con un cierto sentido del humor.

Bertrand Russell se mantuvo siempre erguido, la cabeza echada ligeramente hacia atrás, como una especie de reto, pero tenemos que admitir que nunca nos sentimos ofendidos con tal actitud. A lo largo de esta tarde él hizo más preguntas que nosotros. Todo lo quería saber, con su cierta puerilidad obstinada, el afán increíble de escudriñar. No sentía el aislamiento. Estaba pendiente de todo, una curiosidad inagotable, su deseo de inquirir a flor de piel. Como era de es-

perar, habló muy mal de Hitler, las palabras duras, y la condena bien afirmada. Y de Mussolini, naturalmente. De toda clase de dictaduras. Lo sabido. Lo que se podía pensar de un liberal inglés, carnet de identidad del cual siempre presumió. No sabemos hasta qué punto el liberalismo oficial británico asistió al filósofo a lo largo de su controvertida existencia. Hay que aceptar una indiscutible coquetería en la definición que Bertrand Russell hizo en todo momento de lo liberal, con su graciosa invención. Tenemos otras expresiones que le van mejor, la de radical, por ejemplo. El la usó siempre con muchísimo respeto. Una de sus grandes preocupaciones de esa tarde era saber si nosotros los insulares nos sentíamos bien insertados en la historia de España, una integración cultural, por así decirlo, o si, por el contrario, nos considerábamos como un mundo aparte de habla española. Ante este problema presentado, mantuvimos la actitud de estar dispuestos a aguantar la historia de este país con nuestra fe en una posible transformación de sus estructuras. Pero ya había llegado la hora de la conquista del filósofo por nuestra parte. Fue importante en estos casos en cualquier ocasión abrir una brecha en el forastero para intentar cualquier penetración más o menos alevosa. Para alcanzar nuestros propósitos le hemos traído a Bertrand Russell los abalorios propios de una gente que posee una revista, «Gaceta de Arte» (Eduardo Westerdahl le ha ofrecido una colección), que ha editado algunos libros, que ejerce un comercio internacional muy sano de ideas. Nuestro huésped lo ha aceptado todo con buen agrado, una sonrisa a medio cami-

no, aquella satisfacción recatadamente agradecida.

En esta hora de la entrevista, Bertrand Russell tenía sesenta y tres años: había nacido en 1872, y corría el 1935. Pasaba un invierno en Tenerife y en un viejo hotel de corte colonial inglés se alojaba. Nos habíamos enterado de su estancia en la isla por el periódico «La Prensa». Su nombre aparecía entre los militares retirados de la India, los peligrosos comerciantes del Imperio y los diputados conservadores de vacaciones, de toda esa gente que formaba el turismo rico de esta época. No venía entonces con ninguna de sus mujeres. Sólo con una secretaria, una inglesa de caja de chocolates, que entrevistamos sentada a la mesa de trabajo del jardín. (En uno de los apartes recordamos haberle preguntado al profesor de Cambridge en qué libro trabajaba, y nos declaró que estaba dando los primeros toques a «A History of Western Philosophy», que sólo pudo publicarse después de la segunda guerra mundial, 1945.) Aquella tarde nos sentamos alrededor de Bertrand Russell, Eduardo Westerdahl, el director de la revista «Gaceta de Arte», Gertrud Drerup, judía alemana refugiada en Tenerife, profesora de literatura española, y el que esto escribe. Lo que no hemos podido olvidar es la pugna entablada, de modo muy cortés, entre Bertrand Russell y sus nuevos amigos insulares. El quería que los españoles habláramos de las cosas de nuestra historia, del estado conflictivo de la República, de la posibilidad de salir adelante. El no poseía más informes que los ofrecidos por la prensa inglesa, tan conservadora siempre y enemiga de toda reforma política. Nunca había estado en España, sólo conoció Tenerife. Y después hemos de suponer que ya no tuvo tiempo de venir a nuestra nación con todo lo sucedido. Bertrand Russell se sintió muy extraño por el gran número de traducciones de sus libros al castellano, por lo menos diez en 1935, a través de las editoriales Revista de Occidente, Aguilar y Apollo. Lo mismo las obras de filosofía que sus consideraciones sobre la nueva moral sexual y los ensayos de su «escepticismo apasionado». El grado de admiración que la juventud de este país sentía por su obra, la conducta, sus compromisos. Ante estos halagos, el pensador inglés mostraba una medida sonrisa complacida, no era fácil corregir las formas de su rostro tan firme, hecho, entero; sus ojos fueron los únicos que cambiaban en el decurso de la conversación con sus brillos insospechados, pueriles o cansados, el buen humor defensivo y sus enfados, que nos aseguraban el grado de la pasión puesta en esta lucha.

Se lamentaba de no conocer mejor la moderna literatura española, nuestro arte, el pensamiento activo. El afirmaba no haber rebasado los clásicos y su devoción casi se concentraba en Cervantes, otro escéptico apasionado como él. A lo largo de esta visita tan informal, Bertrand Russell regresaba al punto de partida, quería saber más y más acerca de la actual situación política del país, si nuestros intelectuales colaboraban en sus reformas, cómo pesaba aún el pasado con su enorme carga de intereses sobre este presente que intentaba corregir. Una pregunta muy reiterada se colocó en esta mesa del diálogo: la situación socio-económica de las islas Canarias, de qué vivían, cómo vivían, si vivían bien, la posible suficiencia, las conexiones con la metrópoli. El tuvo que darse cuenta de que aquellas respuestas no escapaban de una cierta consideración ingenua dialéctica. Nuestro positivismo lógico, si es que existía alguno, no alcanzaba estos terrenos tan poco explotados por nuestros conocimientos, mucho más próximos al de Hegel que al de Bertrand Russell, quien en toda ocasión se resolvió indignado frente a la creencia de que el Universo es más parecido a un frasco de melaza que a un montón de perdigones. No nos olvidemos que el filósofo de Cambridge había elaborado un sistema de ideas que contradecían todos los absolu-

tismos idealistas del pensador alemán, hasta demostrar lógicamente que el número, el espacio, la materia, el tiempo y las cosas son tan reales, no ilusiones, como cualquier matemático pudiera desear.

Al terminar estas conversaciones de Tenerife con Bertrand Russell, éste nos prometió venir otra vez a las islas con la llegada de cualquier otro invierno próximo. Quería saber hasta dónde se había proyectado «Gaceta de Arte», se trataba de una cortesía, asimismo necesitaba regresar para conocer el estado de la República española recién nacida, sin olvidar la revisión del grave problema bélico que se nos avecinaba con la voluntad agresiva de Hitler. Como no es difícil comprobarlo, Bertrand Russell ya no volvió nuevamente a Tenerife, y nos fue imposible escuchar su palabra, entre encendida, oportuna y comprometida, sobre los nacionalismos que aquejaban a Europa, sobre las relaciones que mediaron siempre del arte con la política y la religión, sobre el comunismo ruso construido equivocadamente como una patria. Desde aquí lejos nos teníamos que contentar con ver en la pantalla de la historia los movimientos apasionados de su quehacer social, su intervención valorativa en los graves problemas que expresaba la crónica contemporánea, aquel deseo inquebrantable de recibir las bofetadas en

En esta hora
de la entrevista, Bertrand Russell
tenía sesenta y tres años:
había nacido
en 1872, y corría el 1935.
Pasaba
un invierno en Tenerife.



todas las contiendas de los hombres. Así fue abandonando su investigación filosófica por otras tareas más inmediatas, el escándalo de la plaza pública, la lucha fratricida de nuestros semejantes, la necesidad de erigir un tribunal de la conciencia moral universal. Su larga existencia no tuvo nunca un descanso, se metió en todo, donde no le llamaban, un contumaz aguafiestas, el intranquilizador más aguijador de todos los «establishment» consagrados. Su nombre aparecía siempre en el lugar de los sucesos más insospechados de los periódicos del mundo entero, con su entreverado papel de abogado, fiscal y jurado, todo en una pieza. Gran Bretaña nos había dado muchos nombres intranquilos: Thomas Beckett, Moro, los Bacon, John Bunyan, Milton, Defoe, Locke, lord Byron, Percy Shelley, William Morris, los Huxley y George Orwell, el de la guerra de España, y tantas otras figuras de aquí y allá, del mundo entero. Pero el extremo de provocación de Bertrand Russell nadie lo alcanzó. Así desde los años de la primera conflagración internacional como objeto de conciencia y su encarcelamiento, los libros de la nueva filosofía, «Principio Mathematica», el discurso de gran apertura de la última moral sexual, piedra de toque de toda la literatura occidental de entreguerras, el pensador más controvertido de nuestra civilización, que lo mismo pronunciaba oraciones para lograr la independencia de la mujer, que atacaba a Norteamérica por su actitud belicista, su salida de mala manera de este país; ya sabemos que él amparó más tarde la creación de un tribunal para protestar de los crímenes del Vietnam, otra vez la prisión en Londres por manifestarse contra la bomba atómica, sin olvidar todos los honores, desde la Orden del Mérito al Premio Nobel, con su desmedido afán permanente por averiguar si era posible el conocimiento verdadero de algo y de hacer cuanto fuera alcanzable para crear un mundo mejor. Su sentido de la libertad, impresionante. La conducta, ejemplar. Su condición de métome en todo, necesaria. Uno de los pocos filósofos europeos que no se equivocó nunca al valorar, descubrir o situar la dignidad de la condición humana. Cuando Jorge VI le concedió la Orden del Mérito, en sus palabras de felicitación le recordó que «en alguna ocasión se había conducido de un modo que no es el generalmente admitido». Bertrand Russell contestó a Su Majestad: «El modo de obrar de un hombre depende de su profesión. Un cartero, por ejemplo, ha de llamar en todas las puertas de la calle donde tenga cartas que entregar. Pero si alguna otra persona llamara a todas las puertas sería tenido por un perturbador». ■ D. P. M.